

# AL RESPLANDOR DE LAS ESTUFAS

EN EL CENTENARIO DE EMMANUEL LEVINAS, LA EDITORIAL SÍGUEME HA PUBLICADO «LOS IMPREVISTOS DE LA HISTORIA», QUE INCLUYE EL ESCRITO QUE EL GRAN PENSADOR DEDICÓ AL ARTE Y LA CRÍTICA

## LOS IMPREVISTOS DE LA HISTORIA

EMMANUEL LEVINAS

SÍGUEME. SALAMANCA, 2006

208 PÁGINAS, 17 EUROS

## ENRIQUE ANDRÉS RUIZ

Si digo Levinas, veo una Lituania, aunque no sea la suya infantil. Pero el caso es que sin ella es como si no pudiera hacerme idea del corazón o centro de su pensamiento entero. Era allí la frontera del Imperio con la Europa ilustrada, donde Elie Wiesel contó la terrible persecución de los fervientes, exaltados cantores del amor y del prójimo que eran los *jasidim*, que primero se vieron en el desahucio, como judíos, de la Historia Universal, pero luego además desahuciados de la judía. Sólo el Rabí Ajarón de Karlin los acogió y en torno se sentaban al calor de las estufas, sitiados por el odio y la nieve. Ellos dijeron, frente a los sabios rabinos, que el amor envuelve al ser y que, más que la Torá, importa la persona que ama la Torá y su deseo infinito. Pero también dice Wiesel que los jóvenes judíos lituanos ya se iban entonces a Berlín o a Heidelberg, a estudiar luces y razón. Levinas, siglo y medio después, se fue a Estrasburgo, y luego en Friburgo y sobre todo en París se hizo el filósofo que yo creo más alto y profundo tras Heidegger, con y contra quien escribió lo mejor suyo, igual que lo escribió con y contra la letal filosofía francesa de sus días. Pero lo que veo, cuando pienso en él, es el resplandor de las estufas.

**ABIERTO AL INFINITO.** ¡Cuántas veces, entre el humo y bajo las claraboyas escarchadas, saltaría allí el comentario a la proscripción de las

imágenes y estatuas del *Éxodo* y el *Deuteronomio*, cuando la promulgación del Decálogo! Levinas escribió el primer estudio francés sobre Heidegger y siempre lo consideró un «paso obligado». Porque el Ser de su filosofía no podía acabar en aquello que era una estatua, con su plenitud, fijeza y suficiencia, sino abierto infinitamente al Infinito, a cuya irrupción se desnudaría, justamente, de su mismidad o inmanencia de Ser, en exilio de sí como Abraham de su tierra. Y ése es el significado de la proscripción, que lo es del arraigo en los dioses de la tierra. Y por eso el Libro de la Sabiduría enlaza el arte con el culto a los muertos y nuestro afán por retenerlos aquí, en representaciones de lo ausente. Levinas no escribió mucho, en concreto, sobre arte. Está la denuncia de su exotismo en *De l'existence à l'existant* y su escrito sobre el pintor de Cobra, Jean Atlan, que viene a ser como el de Heidegger sobre Chillida (quiero decir que nadie es perfecto). Pero toda su filosofía habla, en realidad, de aquella reprobación y del «sueño hueru» de los ídolos, que decía Agustín.

Porque habrá que decir que en uno de sus primeros escritos, *Algunas reflexiones sobre la filosofía del hitlerismo*, ya afirmó Levinas la continuidad de judaísmo y cristianismo en este aspecto central. Y desde entonces fraguó un pensamiento que pensó más allá (y acá) de lo pensado en él, y dijo de un Deseo mayor que lo en él deseado, y de una Esperanza que nada esperado puede anticipar. En ese exceso queda salvada la trascendencia de la Trascendencia, que es el olvido mayor del emancipado Occidente, salvo excepciones como la propia estela de Levinas. Por ella se ha dicho de «le tournant théologique» de la filosofía francesa, en la que brillan Michel Henry o Jean-Louis Chrétien.

**GOLOSINA ARTÍSTICA.** En España, mientras, la teología es lo de los curas. Pero fue Levinas mismo quien llevó hasta allí el asunto artístico: «Para decirlo en términos teológicos –dice en *La realidad y su sombra*, que publicó *Les temps modernes* en 1948–: el arte no pertenece al orden de la revelación». Y no es sólo que la golosina artística no sea, como se da por supuesto, algo desinteresado, sino que precisamente la estética encuentra interesante lo que

sirve a la evasión emancipadora que, sin embargo, no puede liberar de «la tierra de Egipto, la casa de tu servidumbre». Hoy el arte –el Arte– parece tener la coartada de la crítica, en la que el propio Levinas creyó ver un día su liberación, como el pajarillo Filosofía creyó en vano poder libertar a su hermana Filocalia en el encantador cuento que san Agustín contaba. Medio siglo después de su denuncia de la «hipertrofia del arte en nuestra época», la crítica sólo ha hecho al arte aún más desvergonzado, una vez que se ha visto propagado precisamente como liberación de lo artístico que antiguamente lo ataba al falaz mundo de lo sensible. Con todo, en aquel arte viejo aún veíamos los «harapos», como decía hermosamente Levinas, de la realidad, veíamos su sombra, eso que muere sin verdad y que era, después de todo, como la parte desechada, la parte *jasid* de la realidad verdadera. ¿Y no había en aquello, sólo por eso, lo que ya no hay ahora: una misericordia, que era toda su luz? •